

LA IGLESIA QUE YO AMO



Colección “Raíces de la fe”

VICENTE BORRAGÁN MATA

LA IGLESIA
QUE YO AMO



Ciudad Nueva

1ª edición: enero 2010
2ª reimpresión: octubre 2010

Imagen de cubierta:
Marko Ivan Rupnik, *Lavatorio* (detalle),
Capilla «Redemptoris Mater» (Vaticano)

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2010, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-177-1

Depósito legal: M-

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Introducción

La palabra Iglesia es una de las más comunes de nuestro vocabulario. Pero ¿qué resonancias produce en nosotros cuando la pronunciamos o cuando oímos hablar de ella? Seguramente, en la mayoría hay una mezcla de sentimientos contradictorios. Y es normal que sea así. La Iglesia es, en efecto, una realidad con dos caras bien distintas: una visible y otra invisible. Por una parte está su aspecto externo, con sus estructuras, su culto, sus instituciones; por otra, su esencia más íntima de comunidad reunida en torno al Señor. La Iglesia es una auténtica paradoja: seduce y fascina, escandaliza y repele. Si la miramos sólo desde fuera, es una contradicción aparente; si la contemplamos desde dentro, es un misterio asombroso. Ése es el riesgo que tenemos que tratar de evitar mediante una visión bien equilibrada, de manera que la luz que proyectemos sobre ella ilumine al mismo tiempo esos dos rostros de la única Iglesia. Porque, a pesar de su pobreza y de su debilidad, está sostenida por una fuerza que la arrastra siempre hacia lo más alto, y, sin dejar de ser humana, orienta a todos los hombres hacia una vida sin fin. Por eso la amamos a pesar de todos sus defectos. Los que formamos parte de ella creemos en Jesús como Señor y como Salvador, pero hemos entrado en ella con nuestro cuerpo y con nuestra alma, con nuestras miserias y nuestras debi-

lidades, con nuestra manera de ser y de sentir. En ella, sin embargo, experimentamos una Presencia que nos envuelve en un manto de gracia y de amor.

La Iglesia, nacida de Jesús resucitado y de la efusión del Espíritu el día de Pentecostés, fue ganando poco a poco el corazón de los hombres. Seguir su historia paso a paso es alucinante: Iglesia perseguida y perseguidora, dominada y dominante, amada y odiada, una y desgarrada, envejecida pero eternamente joven, santa y pecadora; absorbida por las cosas de este mundo, pero con su dedo apuntando siempre hacia la vida sin fin; enredada en ritos y devociones, leyes y normas, cánones y decretos, pero guiada por el Espíritu, que no la ha dejado extraviarse en ningún momento. En ella se mezcla lo bueno con lo malo, el trigo con la cizaña, los justos con los pecadores. No podemos cerrar los ojos ante sus fallos, pero tampoco podemos quedarnos sólo en ellos. Porque lo malo y lo defectuoso no es la esencia de la Iglesia, sino el lado oscuro de su rostro. El pecado es como una sombra que la persigue, pero nunca llegará a eclipsar la luz que resplandece en ella.

Iglesia querida y amada por Dios, su pueblo y su templo, su cuerpo y su esposa, madre joven y eterna, de aquí y de allá, de arriba y de abajo. Dios nos mira a través de ella y nos ofrece el pan de la gracia y del perdón, del amor y de la vida. El Señor la dirige por medio de sus pastores y la mantiene viva con sus carismas. Sin ella, la presencia de Cristo se evaporaría en poco tiempo. Misterio de un pueblo que camina a caballo entre el pecado y la gracia, pero casa de Dios y familia de Dios. Ésta es la Iglesia que amo, mi hogar y mi casa mientras viva.

Pero ¿qué significa la palabra Iglesia? ¿Qué es en realidad? ¿Cómo definirla? ¿Cuál es su identidad? ¿Cuál es

su secreto? ¿Cómo ha nacido? ¿Cómo se ha organizado?
¿Cómo se ha extendido por el mundo? ¿Cómo ha vivido?
¿Hay alguna nota que la identifique? ¿Cuál es su misión?
¿Para qué existe? ¿Hacia dónde va? ¿Tiene algún futuro?
¿Cómo debería vivir? ¿Cómo corregir los defectos que se
han incrustado en ella? ¿Qué servicio puede prestar al
mundo? Iglesia, ¿qué dices de ti misma?

I. Orígenes y desarrollo de la Iglesia

La Iglesia está ahí. Es una realidad visible y tangible, tiene una vida y una historia, se la puede seguir paso a paso, suscita reacciones de amor y adhesión, de rechazo y repulsa. Tal vez sea más fácil poner de relieve sus errores que su vida íntima, pero jamás nos perdonaríamos si no hiciéramos todos los esfuerzos posibles por entrar en su misterio y así tratar de encontrarnos con Aquel que lleva en su seno y que nos ha traído la esperanza de la salvación y de una vida sin fin¹.

¹ J. A. SAYÉS, *La Iglesia de Cristo*, Palabra, Madrid 1999; C. GARCÍA EXTREMEÑO, *Eclesiología. Comunión de vida y misión al mundo*, San Esteban - Edibesa, Salamanca - Madrid 1999; H. KÜNG, *La Iglesia*, Herder, Barcelona 1968; E. BUENO DE LA FUENTE, *Eclesiología*, BAC, Madrid 1998; S. PIÉ-NI-NOT, *Introducción a la eclesiología*, Verbo Divino, Estella 1995; P. FAYNEL, *La Iglesia I*, Herder, Barcelona 1974; *La Iglesia II*, Herder, Barcelona 1974; *Mysterium Salutis*, IV/1. *La Iglesia*, Cristiandad, Madrid 1973; C. FLORISTÁN, *La Iglesia comunidad de creyentes*, Sígueme, Salamanca 1999; M. SCHMAUS, *Teología dogmática IV. La Iglesia*, Rialp, Madrid 1960; A. ANTÓN, *El misterio de la Iglesia. Evolución histórica de las ideas eclesiológicas* (2 vols.), BAC, Madrid 1983; J. AUER, *La Iglesia*, Herder, Barcelona 1986; Y. CONGAR, *Eclesiología. Desde San Agustín hasta nuestros días*, BAC, Madrid 1976; R. VELASCO, *La Iglesia de Jesús*, Verbo Divino, Estella 1992; Á. CALVO CORTÉS - A. RUÍZ DÍAZ, *Para leer una eclesiología fundamental. Del aula a la comunidad de fe*, Verbo Divino, Estella 1986; etc.

1. EL NOMBRE

La palabra *Iglesia* es una de las más usadas en el vocabulario ordinario, pero seguramente la mayoría nunca se ha preguntado: ¿Qué significa esa palabra? ¿Qué se esconde detrás de ella?

El término *Iglesia* aparece en unas 114 ocasiones en el Nuevo Testamento (2 veces en el Evangelio de san Mateo, 65 en San Pablo, 23 en los Hechos de los Apóstoles, 20 en el Apocalipsis), y ha llegado a nosotros a través del griego y del latín. El verbo griego *en-kaleo* significa llamar, reunir, convocar, congregar; el sustantivo *ekklesía* o *iglesia* significa la asamblea, la reunión, la congregación, la comunidad. Pero no es una palabra propiamente cristiana. En los grandes días de la Atenas clásica era utilizada para designar la reunión o asamblea del pueblo libre, convocada para tratar los asuntos más importantes que afectaban a la vida de la ciudad: dirigía la política de la ciudad, nombraba y destituía a los magistrados, declaraba la guerra o firmaba la paz, concertaba alianzas, elegía generales, recogía y distribuía los fondos públicos...

En el Antiguo Testamento fueron utilizados dos términos para designar a Israel como *pueblo de Dios*: *edá*, que significa la asamblea, y *qahal* (de la raíz *qol*, cuyo significado primero es voz, convocatoria o bando), con el que se designaba de un modo particular «la comunidad congregada para el culto divino, el pueblo de Dios considerado como una sociedad santa». Cuando los Setenta (LXX) tradujeron la Biblia del hebreo al griego, *edá* fue traducido por *sinagoga*, y *qahal* por *ekklesía* o *iglesia*. El término *congregación*, que algunos utilizan para traducir la palabra *qahal* o *ekklesía*, es bastante débil, ya que deja